

HAROLDO DILLA. Historiador. Investigador del Departamento de Caribe en el CEA.

Democracia y poder revolucionario en Cuba

En la democracia socialista cubana se conjugan inseparablemente la igualdad
y la participación sociales

En nuestro continente, estremecido por la caída de dictaduras militares y arcaicos regímenes dinásticos, el tema de la democracia retorna con fuerza a los foros académicos. Y como ningún debate académico es políticamente inocente, las discusiones giran en torno a lo que cada cual considera su modelo de democracia, o, como contrapartida lógica, lo que cada cual rechaza como la opción menos deseada. Lamentablemente, sin embargo, no siempre son precisos los términos de discusión, y tras calificativos intrascendentes —"participativa", "funcional", "constitucional"— se ocultan las verdaderas definiciones que requiere el análisis científico de cualquier tipo de régimen político, es decir, la precisión acerca del entramado de poder social que le sostiene y permite su reproducción. Ningún estudio sobre la democracia puede evitar el reconocimiento de una realidad fácilmente comprobada: la garantía del desarrollo y afianzamiento de la democracia, cualquiera que sea su apellido, depende esencialmente de la seguridad del poder de las clases dominantes.

La existencia en Cuba de la única democracia socialista del hemisferio basada en los preceptos de la dictadura del proletariado, constituye un hecho relevante pero que no ha despertado todavía la atención necesaria por parte de la comunidad académica caribeña, y, salvo las excepciones de rigor, existen pocos intentos interpretativos científicamente fundamentados.

Breves notas, apologéticas o críticas, remitidas por identificación o por oposición a modelos ideales más parecidos a ciertos remotos bucólicos cantones suizos que al "rudo mundo real" que condiciona nuestra existencia caribeña no pueden llenar un vacío interpretativo que, lamentablemente, es invadido por grotescas descripciones orwellianas muy frecuentes en algunos "imparciales" diarios locales. Estas últimas, sin embargo, no pueden considerarse partes del reino de lo académico, y por ello tampoco pueden ser parte de los objetivos de esta ponencia que se dirige a incentivar el debate sobre algunos aspectos claves de la construcción y el funcionamiento democrático en Cuba socialista. Un debate académico que, como reclamaba Gramsci, no puede convertirse en un "proceso judicial" en el cual hay un acusado y un fiscal que, por obligación de su ministerio, tiene que demostrar que el acusado es culpable y

digno de que se "retire de la circulación",¹ sino en un flujo creativo y libre de opiniones en beneficio de nuestro destino común.

LOS ANTECEDENTES: LA PRECARIEDAD DEMOCRATICA LIBERAL y LA MOVILIZACION POPULAR PARA EL CAMBIO

Cuba se inscribe dentro de ese gran conjunto de países que --referidos a un "centro", llamaremos eufemísticamente "periferia"—históricamente sufrieron todas las desventajas del sistema capitalista sin gozar de sus controvertidas ventajas. Dentro de este contexto, Cuba. "muy lejos de Dios y muy cerca de los Estados Unidos", sufría la nada envidiable condición de puntal geoestratégico fundamental de este último país.

En este marco. más de medio siglo de vida republicana arroja un balance de muchos débitos y pocos haberes. A las calamidades sociales no resueltas y profundizadas a tenor con los vaivenes del sistema económico mundial al que se subordinaba, podríamos agregar un comportamiento público plagado de burocracias corruptas, gangsterismos políticos, represión y coacción antipopular, demagogia, expectativas insatisfechas y la permanente injerencia norteamericana..

Entre 1902 Y 1940, cuando se mantuvo en precaria vigencia la Constitución de 1901 (contentiva hasta mediados de los años 30 de la Enmienda Platt y redactada bajo supervisión de los interventores norteamericanos) se produjeron en el país dos guerras partidistas, una guerra racista, una ocupación militar norteamericana que duró más de tres años, varios golpes militares y más de un decenio de dictaduras de cortes civil o castrense, sin contar numerosos fraudes electorales, violencias políticas y otras injerencias directas o indirectas de los Estados Unidos.

El período siguiente, regido por una Constitución más progresista redactada en 1940 bajo presión popular y en un marco internacional propicio, no resulta más halagador para los amantes del constitucionalismo. A los males anteriores se adicionó la persecución anticomunista propiciada por los Estados Unidos al calor de la "guerra fría" y el aumento de la corrupción y el gangsterismo. Con sus preceptos democráticos y postulados sociales avanzados, la Constitución de 1940 se convirtió en letra muerta hasta su sustitución definitiva en 1952 por unos Estatutos Constitucionales enarbolados por los militares gol pistas.

Sin embargo, al mismo tiempo que operaba un divorcio entre lo democrático y las prácticas propias del sistema, se producía una aproximación entre aquel y una serie de alternativas de contenido popular cuestionadoras en mayor o menor medida del poder establecido. Existe un hilo de continuidad histórica que parte de las luchas

¹ Antonio Gramsci. Antología. (comp. Manuel Sacristán). Siglo XXI. Editores, México, 1984, p. 436.

independentistas del siglo XIX (cuya expresión más alta es el ideario revolucionario martiano), se prolonga en toda una serie de movimientos sociales (sindicatos, asociaciones campesinas, estudiantiles y profesionales, coordinaciones populares diversas) y en proyectos políticos radicales, todos ellos dispersos y difusos en la gelatinosa. sociedad civil republicana. Tal continuidad desemboca finalmente en la insurrección liderada por Fidel Castro, cuyo signo distintivo sería la fusión de "lo popular", "lo nacional" y "lo democrático" en un cuerpo doctrinario y de práctica coherente.

El agotamiento del rejuego democrático liberal —atenazado por las necesidades excluyentes de la acumulación y por las estrictas exigencias de la dominación imperialista— abrió el camino a la insurrección general por el cambio social, la democracia y la liberación nacional. La guerra popular operó como precedente inmediato de la construcción del Estado revolucionario. La intensa movilización de masas —manifestaciones, huelgas, acciones armadas, repudios diversos al régimen— produjo una vertiginosa socialización política en torno a un programa de transformaciones sociales y políticas, e incluso permitió en las zonas liberadas del oriente cubano, la modelación de estructuras institucionales y legales acordes con la nueva sociedad en gestación; en una palabra, el establecimiento de un poder dual cuya columna vertebral era el Ejército Rebelde, máxima expresión política popular. La imagen gráfica de cientos de miles de cubanos aclamando al Ejército Rebelde en su recorrido triunfal hacia La Habana no fue el resultado de una simple exaltación emotiva: era el resultado de un intenso proceso de movilización, y a su vez el inicio de un nuevo poder revolucionario, uno de cuyos compromisos históricos era precisamente la construcción de la democracia.

LA CONSTRUCCIÓN DE LA DEMOCRACIA: ¿CUÁL, CÓMO, PARA QUIÉN?

En los tiempos que corren, el concepto de democracia sólo puede ser pensado a partir de dos requisitos fundamentales: igualdad y participación. Reconozcamos, sin embargo, que en el complejo marco político que nos ha tocado vivir, —con sus vicisitudes y sobresaltos— tanto una como otra sólo pueden ser explicadas a partir de limitaciones históricas concretas. El resto sólo es, a lo más, retórica elegante.

La Revolución Cubana, compromisaria de una construcción democrática, no puede sustraerse de estos dos requisitos, pero al mismo tiempo tiene que atenerse a condicionantes históricas y coyunturales. La construcción de la democracia suponía, ante todo, la destrucción del poder económico, social y político de las clases minoritarias y burocracias políticas que habían perdido la guerra, así como la consiguiente ruptura con la dominación imperialista, que había sido la garantía para la reproducción del orden anterior. Como corolario lógico, ello también suponía el

desarrollo de una aguda lucha de clases y un enfrentamiento frontal al imperialismo norteamericano, lo que en el lenguaje de los hechos se traducía en agresiones directas al estilo de la invasión de Playa Girón, actos terroristas diversos, bloqueo económico, aislamiento diplomático y otras actividades ejecutadas y dirigidas por la potencia capitalista más poderosa del mundo, a sólo unas horas de vuelo del territorio nacional y con la complicitad de la mayoría de los gobiernos del hemisferio. El reconocimiento de estas condicionantes basta para explicar que la construcción de la democracia socialista cubana haya adoptado las características propias de esa verdad histórica a la que no ha podido sustraerse ninguna revolución socialista triunfante: la dictadura del proletariado tal y como la definía Lenin al referirse al problema crucial del poder: "democracia para la mayoría gigantesca del pueblo y represión por la fuerza para los opresores del pueblo"².

Por un problema de espacio no podemos emprender una explicación exhaustiva de este incomprendido y distorsionado concepto. Basten tres precisiones. La primera: el término de "dictadura" no tiene aquí la connotación vulgar que en política se le asigna, sino que se refiere a la relación —dominación clasista— por lo demás inherente a todas las sociedades divididas en clases— y por tanto implica la existencia de la democracia de que gozan las nuevas clases dominantes. En este mismo sentido, el concepto dictadura del proletariado contiene el de hegemonía en la medida en que sólo a través de esta última el proletariado puede consolidar las alianzas de clases, particularmente la alianza obrero-campesina que le sirve de sostén. La segunda, que en la perspectiva marxista-leninista la dictadura del proletariado es sólo una fase de transición y evolutiva hacia formas superiores de democracia y en última instancia la supresión de ella en la medida en que el Estado —como instrumento de coacción pública— debe extinguirse.

La tercera y última es que la dictadura del proletariado, a diferencia de los tipos de dominación clasista resultante de revoluciones históricamente anteriores, tiene que afrontar tareas mucho más complejas. Como afirmara Georgy Luckacs, "la diferencia enorme entre los dos tipos de revolución reside en que el capitalismo se ha desarrollado ya como modo económico en el interior del feudalismo, destruyéndolo, mientras que seria una utopía fantástica imaginarse que en el interior del capitalismo puede desarrollarse en dirección del socialismo otra cosa que, de una parte, las condiciones económicas objetivas de su posibilidad [...] y de otra parte el desarrollo del proletariado como clase",³ naturalmente entendiendo este último aspecto en el sentido de una "clase para sí".

² V. L. Lenin, "El Estado y la Revolución", en Obras Escogidas en tres tomos, tomo II, Editorial Progreso, Moscú, 1970, p. 298.

³ Georgy Luckacs, Historia y conciencia de clase, Instituto del Libro, La Habana, 1970, p. 283. Sí tenemos en cuenta que Luckacs pensaba este cambio en países con un desarrollo considerable del capitalismo,

Sí, como afirmamos al inicio, la forma política de una dominación de clases depende de la propia solidez de esa dominación, entonces —como otras épocas de cambio social en la historia de la humanidad— es comprensible que el socialismo, sobre todo en sus primeros momentos, tenga que apoyarse en una cierta concentración de la autoridad en el manejo de “la cosa pública”,⁴

La necesidad de la dictadura del proletariado, sin embargo, no puede reducirse a la relación estrictamente política entre las clases, sino que también enlaza con otras, entre las cuales se destaca la necesidad de desarrollar la base material y técnica de la nueva sociedad.⁵ Es decir, el desarrollo económico como premisa de una igualdad efectiva que las simples expropiaciones económicas no podían asegurar. Este desarrollo, sin embargo, ha sido programado en condiciones muy difíciles que parten de la pobreza de la base material existente e incluye, entre otros aspectos, la escasez de cuadros técnicos capaces de dirigir planes de desarrollo (muchas veces adoptados con premura por imperativos políticos inaplazables), así como las tensiones originadas al nivel de las relaciones económicas internacionales que Cuba sufre en su doble condición de país subdesarrollado y bloqueado, aun cuando sus efectos sean mitigados por su ventajosa inserción a la economía socialista mundial.

podemos intuir las connotaciones de este cambio social en los países subdesarrollados, como es el caso cubano.

⁴ Citamos Una muy sincera y desprejuiciada afirmación de Federico Engels: “- una revolución es, indudablemente, la cosa más autoritaria que existe (pues) sí no quiere haber luchado en vano tiene que mantener su dominio por medio del terror que sus armas inspiran a los reaccionarios”. (“De la autoridad”, Cartas de Marx y Federico Engels, en Obras Escogidas en tres tomos, Editorial Progreso, Moscú, 1973, tomo III, p.400). Lamentablemente, el tema de la autoridad es otro que ha sido vulgarizado en un debate político cuyos términos no pueden coincidir con los del debate académico.

⁵ Lenin apuntaba: “La base económica de esta violencia revolucionaria y la garantía de su vitalidad y éxito está en que el proletariado represente y ponga en práctica un tipo más elevado de organización social del trabajo [...] Esto es lo esencial”, en “Una gran iniciativa”, op. cit, pp. 240-241.

Por último no se puede perder de vista un factor: el sujeto social de la Revolución, el conjunto de clases y sectores sociales protagonistas del cambio social (obreros, campesinos, desempleados, estudiantes, profesionales, promotores de numerosas luchas sociales y antimperialistas que partían de las guerras independentistas del siglo XIX) desembocaba directamente en la insurrección popular de 1953-1958. Esta tradición revolucionaria y patriótica se ha puesto a prueba exitosamente en la cotidianidad de estos veintisiete años de vida revolucionaria. Pero para el tema que nos ocupa debemos hacer una salvedad. Este sujeto social no se componía de ciudadanos impecablemente educados en un sistema parlamentario, ni de aquellos núcleos de obreros industriales con alta conciencia de clase y disciplina fabril que los clásicos del marxismo consideraron los agentes idóneos para la construcción socialista.

El sujeto social se nutría de hijos y nietos de esclavos y esclavistas, desempleados y subempleados, analfabetos y semianalfabetos, campesinos que sólo habían conocido el horizonte que les trazaba las cercas delimitadoras de las propiedades del gran latifundio en el que laboraban; de hombres y mujeres alienados políticamente para quienes las elecciones eran sólo una oportunidad de obtener alivios para una existencia miserable en condiciones muy distantes a las que postula el controvertido paradigma pluralista. Integrar inicialmente a esta masa revolucionaria al esfuerzo de construcción socialista implicó proceso de socialización política transformadora del propio sujeto social y capaz de ampliar su capacidad para participar y reflexionar en torno al poder y a su papel en él. Llevar esa integración a niveles superiores implica la permanente transformación del sujeto social que aún hoy se ve atenazado por ese trauma con cinco siglos de arraigo que se denomina subdesarrollo.

Es bajo estos signos —unos auspiciadores, otros de freno— que comienza y se desarrolla la construcción de la democracia socialista cubana, conjugando como dos partes inseparables la igualdad y la participación. Una sin la otra hubiera resultado una quimera incapaz de resistir la prueba de años muy difíciles. Pero una y otra sólo pueden ser evaluadas a la luz de las limitaciones históricas y coyunturales que incidieron en cada etapa de la Revolución.

LOS PRIMEROS AÑOS:¿REVOLUCION O ELECCIONES?

La Revolución Cubana no estaba obligada por compromiso social alguno—más aún: no debía por imperativos del poder iniciar su obra democratizadora priorizando un ejercicio de ingeniería constitucional, de manera que el discurrir político a través de un orden institucionalizado según los parámetros clásicos —Constitución definida, mediaciones electivas, etc. —quedó pospuesto durante más de tres lustros. En este período la participación se manifestó a través de diversos mecanismos como las organizaciones políticas, sociales y de masas y de formas de democracia directa, incluyendo en ellas la participación armada de todo el pueblo en la defensa nacional, que permitía una relación íntima masa-liderazgo revolucionario y una permanente retroalimentación del sistema político adecuado a los fines propuestos. Si quería hacer frente a los numerosos retos simultáneos que se le planteaban, el nuevo poder revolucionario requería de un Estado flexible y centralizado capaz de responder ágilmente a las exigencias y situaciones cambiantes⁶. y que al mismo tiempo no sacrificara en aras del formalismo la condición cardinal de su existencia: el apoyo de las masas y su capacidad para movilizarlas. Este criterio de funcionalidad se complementaba con la inexistencia de fuentes de referencias válidas para la situación cubana. De la historia nacional, repetimos, no era posible extraer experiencias prácticas en el sentido de una organización democrática del Estado. La Constitución de 1940, la obra político-jurídica más avanzada de la historia prerrevolucionaria, contenía un proyecto de organización política muy distante de la situación creada a partir de 1959. Restaurarla, como certeramente indicaba el jurista chileno Jorge Tapia, no sólo hubiera sido un infantilismo político, sino también una necedad jurídica.⁷ Por otra parte, lo que de esta Constitución resultaba atractivo para las masas populares —su contenido social progresista y su clima de libertades jurídicas estaba siendo superado de hecho en la práctica cotidiana. Para el sujeto social de la Revolución la reflexión sobre la democracia no pasaba por el rescate de una simbología que consideraba devaluada, lo que sintéticamente fue expresado en un slogan que recorrió el país: ¡Revolución sí, elecciones no!⁸

⁶ La aceleración del proceso de cambio fue otra fuente generadora de tensiones al interior del nuevo poder, lo que se veía agravado por la falta de experiencia y formación de los cuadros. El Comandante Ernesto Guevara apuntaba al respecto: “La Revolución ha avanzado tan rápidamente y los problemas que se plantean deben cambiar de enfoque con tanta velocidad que deja atrás la capacidad de reacción-asimilación de ciertas esferas de los núcleos revolucionarios”, (“Discusión colectiva: decisión y responsabilidad únicas”, en Escritos y discursos, tomo 2, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1977, p. 82)

⁷ Jorge Tapia, “Cuba Constitucional”, en Nueva Sociedad. no. 28, Caracas, 1985, p. 24.

⁸ En uno de sus libros Marta Harnecker cita la opinión recibida de una ciudadana cuando le preguntó qué opinaba de la democracia: “El diccionario dice muchas cosas. También hablan de democracia los yanquis. Esa es una palabra que a mi me choca un poco [...] Yo prefiero oír la palabra socialismo [...] pero frente a la

Al describir este periodo —ciertamente heterodoxo respecto a los parámetros tradicionales de la democracia—, algunos académicos no han podido sustraerse de un enfoque dogmático liberal y devaluativo del contenido democrático. En primer lugar, perdiendo de vista la existencia de numerosos canales participativos que implicaban ya una institucionalización democrática embrionaria, al nivel del sistema político en general. En segundo lugar, se distorsionan las causas de esta posposición, que ellos ubican principalmente en la voluntad política de la dirigencia revolucionaria y, en tercer lugar (un aspecto al que queremos referirnos con más detenimiento), cercenando los alcances democratizadores que tuvieron las medidas igualitarias y de justicia social empujadas por la Revolución. No se trata de exaltar aquí el contenido moral de estas medidas —ello ha sido hecho con buen tino en muchos lugares— sino de destacar el efecto liberador que estas tuvieron sobre las bases mismas del poder. Ante todo, a partir de ellas la Revolución pudo superar definitivamente la "disociación engañadora" entre economía y política —llave maestra del dogma liberal— y la superposición de "la aparente igualdad entre los ciudadanos abstractos a la real desigualdad entre los hombres concretos"; esto es, el enmascaramiento del hombre ubicado en un status clasista, racial, sexual, etc., por la vaga noción del ciudadano ante la ley.⁹

Es posible calibrar el impacto real de estas transformaciones en los diferentes circuitos de poder que entrecruzan la sociedad; en las relaciones familiares, al alentar la liberación de la mujer no como una consigna hueca sino en relación con su incorporación a todas las esferas de la vida social; en las relaciones laborales, al incorporar a los trabajadores organizados a la gestión de dirección económica; en las relaciones raciales, al poner fin a toda forma de discriminación legal y material contra la población negra y estimular la promoción de estos sectores históricamente marginados; en las relaciones comunitarias, generando procesos de concertación y de toma de decisiones de los vecinos en aspectos cruciales que atañen a cada comunidad; en las relaciones entre el trabajo manual y el trabajo intelectual, al poner al alcance de todos y estimular el acceso de todos a una de las premisas del poder: el saber, proporcionando así a cada ciudadano, como señalaba Fidel .

Castro en 1960, "no ya el derecho a pensar libremente, sino a saber pensar".¹⁰

A partir de estas premisas se desencadenan una serie de incidencias sobre la formación del ciudadano concreto. Una de ellas, percibidas por Tom Farer, se refiere a lo que él denomina "efectos liberadores en la subjetividad", al desarrollo de los

palabra democracia siento todavía impensadamente un pequeño escalofrío". Cfr. Cuba: ¿dictadura o democracia?, Siglo XXI Editores, México, 1975, p. 33.

⁹ Rafael Roncagliolo, "La democratización de las comunicaciones", en Pensamiento iberoamericano, enero-junio de 1984, p. 315.

¹⁰ El pensamiento de Fidel Castro, tomo 1, vol. 2. Editora Política, La Habana, 1983, p.423.

sentimientos subjetivos en relación directa con el desarrollo de las condiciones materiales y la consiguiente "sensación de autonomía, bienestar y dignidad" del ciudadano.¹¹ En breve síntesis pudiéramos definir la segunda como un proceso de desalienación política determinado por la mayor integración de la ciudadanía a una participación que no se limita a la consulta electoral o a una incidencia directa o indirecta en la toma de decisiones, sino que hace al ciudadano responsable en esa decisión y de su ejecución. Es decir, el grado máximo de participación y libertad dentro de una disciplina social concientemente aceptada. El Estado deja de ser así para el ciudadano común un Leviatán moderno para convertirse en un aparato público accesible y sentido como propio, lo cual es retroalimentado por el fluido y permanente contacto entre masas y liderazgo político.

Al mismo tiempo, estos procesos implican la transformación de toda una serie de valores sociales, lo que en uno de sus más brillantes ensayos el Comandante Ernesto Che Guevara consideraba "el desarrollo de una conciencia en la que los valores adquieren categorías nuevas".¹² Queda fuera de nuestra posibilidad una descripción de hechos y acontecimientos, pero podríamos ilustrar con algunos ejemplos que servirían para calibrar sus efectos en el sentido apuntado: la incorporación masiva de la población en las milicias armadas y su participación decisiva en la defensa nacional y la represión de los brotes contrarrevolucionarios; la incorporación de millones de personas a labores productivas agrícolas, consideradas denigrantes sólo unos años atrás; la participación de decenas de miles de jóvenes en la campana de alfabetización, durante la cual pudieron descubrir en los lugares más olvidados del campo cubano la verdadera cara del atraso y el subdesarrollo, entre otros.

EL SIGNIFICADO DE LA INSTITUCIONALIZACION DE LA DEMOCRACIA SOCIALISTA

Hacia los años 70 la Revolución Cubana había traspasado la dura fase inicial en que por encima de todas las opciones, se situaba la supervivencia nacional, tanto en el orden económico como político militar. El poder revolucionario podía considerarse fundamentalmente consolidado y cualquier tentativa de retroceso sólo podía ensayarse a expensas de un alto costo y una probable derrota para el agresor. El bloqueo norteamericano había fracasado y Cuba podía mostrar una posición internacional muy sólida, con relaciones exteriores diversificadas y una ventajosa vinculación al campo socialista, encabezado por la Unión Soviética; sin esto la

¹¹ Tom Farer. "Derechos humanos y bienestar humano", en Revista Mexicana de Sociología. enero-marzo de 1984, p. 325.

¹² Ernesto Guevara, "El socialismo y el hombre en Cuba", en Escritos y discursos, tomo 8, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, p. 259.

Revolución Cubana probablemente no sería hoy más que el nostálgico recuerdo de un heroico holocausto. Había llegado el momento en que era posible —como anunciara el Comandante Guevara una década atrás— recubrir "el esqueleto de nuestra libertad" con una institucionalización efectiva del sistema político.

Entre los diferentes momentos que ha atravesado la Revolución, uno de los más ricos en experiencias e iniciativas para el cambio fue el transcurrido entre 1970 y 1976, marcado por el signo de la institucionalización y de otras transformaciones político-jurídicas. Lamentablemente, ante este fenómeno algunos círculos académicos fueron incapaces de articular una explicación realista acerca del objetivo de la institucionalización, que no podía ser otro que viabilizar la meta conscientemente aceptada por la abrumadora mayoría de la población: el socialismo. Más allá de las motivaciones políticas o ideológicas, las falsas expectativas levantadas y las consiguientes decepciones provenían de una infracción muy grave de nuestro quehacer profesional: transferir un planteo conceptual propio de una matriz cultural muy específica —las democracias liberales— a otra realidad totalmente diferente. Así, desde esta óptica la institucionalización quedaba reducida a una simple "formalización" del aparato político, a una mascarada legitimadora adoptada por la dirigencia revolucionaria con un sano sentido de oportunidad, o cuando más —en un muy aséptico espíritu weberiano al paso de una legitimidad carismático-caudillista a otra legal-racional. En resumen, otra exposición del consabido dogma: los principios liberales como vectores universales de la democracia.

En primer lugar, se pasaba por alto que la institucionalización democrática socialista —proclamación de la Constitución, caracterización de la decisión del sistema político a partir de instancias estatales elegidas y estabilizadas, entre otras—, no podía separarse de una serie de transformaciones en la esfera de la dirección y planificación económica, del sistema jurídico, de la organización territorial del país, que correspondían a un grado de desarrollo y madurez del socialismo y estaban dirigidas a continuar avanzando en ese sentido. Esto es, faltaba una perspectiva de totalidad en la percepción del fenómeno analizado. No es casual que este proceso se realizara en medio de una revisión autocrítica emprendida por los dirigentes de la Revolución, cuyos argumentos públicos fueron conocidos y discutidos por toda la población, ciertamente una práctica usual en la política cubana desde 1959 y que constituye una premisa básica de la verdadera democracia: la consulta y la transferencia a los ciudadanos de la información necesaria para el discernimiento cabal acerca de los problemas vitales de la comunidad y la nación.

En segundo lugar, si las formas adoptadas por el sistema político cubano hasta los años 70 no podían hacerse depender únicamente de la voluntad política de la dirigencia revolucionaria, tampoco los cambios ocurridos en esta década podían quedar

pendientes de esta variable. O para decirlo con otras palabras, la institucionalización en los 70 no era sólo posible, sino sobre todo necesaria para el tránsito a un nivel superior del desarrollo socialista. Pudiéramos ilustrar esta afirmación con dos referencias: la primera relativa a los aspectos organizativos del sistema político; la segunda ligada a la evolución del sujeto social.

El largo período transcurrido sin una estructuración definida de los componentes del sistema político y de sus funciones incidió negativamente en varias esferas de la vida política, sobre todo a partir de 1967. A nivel del Estado se había generado una excesiva centralización con la consiguiente proliferación de prácticas burocráticas e inoperantes para dar respuesta a problemas vitales de la producción y los servicios. Paralelamente se produjo una mezcla indebida de funciones entre el Partido, el Estado y las organizaciones sociales y de masas. Las consecuencias inmediatas de ello fueron un debilitamiento del trabajo específico del Partido y las organizaciones en las esferas ideológica y movilizativa, al verse involucrados en tareas administrativas y burocráticas, y producirse, como contrapartida, un relajamiento del sentido de responsabilidad de los funcionarios estatales. Algunas organizaciones sociales y de masas limitaron considerablemente su actividad específica e incluso desaparecieron — como fue el caso de los sindicatos, sustituidos virtualmente desde mediados de los años 60 por el llamado Movimiento de Avanzada. Aunque esta serie de desviaciones, reconocidas autocriticamente por la dirigencia cubana,¹³ no provocaron serios desajustes en el funcionamiento político ni mermaron en lo fundamental capacidad movilizativa, de hecho se presentaban como un peligro para el futuro de la Revolución.

En otro orden de cosas, como consecuencia del desarrollo socioeconómico y del crecimiento demográfico del país, el sujeto social de la Revolución había variado notablemente. Para la mayor parte de la población el socialismo había dejado de ser una vaga noción de bienestar para convertirse en un compromiso político más amplio. La sociedad cubana había experimentado un proceso de complejidad y ascenso en general. De 5,8 millones de habitantes en 1953, en 1981 el número de cubanos en la isla ascendía a 9,3 millones. La población urbana había pasado del 57% en 1953 al 69% en 1981, con la salvedad cualitativa de que ahora, con la eliminación de la marginalidad, se trataba de una población integrada regularmente a las actividades usuales del medio urbano. El nivel de escolaridad había crecido considerablemente. En 1953 el 89% de la población de 6 años o más sólo tenía un nivel primario o menos, incluyendo aquí cerca de un millón de analfabetos. En 1970 era el 84% con un nivel insignificante de analfabetismo y en 1981 sólo el 59%. Desde 1953 hasta 1981 el porcentaje de personas con nivel medio o superior había pasado del 11 al 41%, y en el último año

¹³Para un análisis de estas deformaciones existen dos documentos básicos. El primero es el discurso del General Raúl Castro el 22 de agosto de 1974 (En la constitución de Órganos del Poder Popular. Departamento de Orientación Revolucionaria, La Habana, 1974, el segundo, informe Central al I Congreso del PCC, leído por el máximo dirigente cubano (DOR, La Habana, 1975).

existían en el país unos 288 000 profesionales. Por otra parte, desde 1959 hasta la fecha habían entrado en escena nuevos actores. La mujer, por ejemplo, tradicionalmente excluida de la vida económica y social, representaba en 1981 el 40,1% del personal docente y el 42% de los profesionales con nivel superior. Más significativo aún era el hecho de que el 47% de los cubanos en 1981 había nacido después de 1959 y el 56,5% había realizado su proceso de socialización política a partir del triunfo revolucionario, de manera que para más de la mitad de la población el capitalismo no era una experiencia personal.¹⁴

La solución no podía ser otra que el establecimiento de prácticas adecuadas para canalizar el potencial participativo acumulado. Primero como un antídoto contra las desviaciones burocráticas y administrativas existentes entonces; simultáneamente como mecanismos más completos de retroalimentación de un sistema político que aún debía padecer, por imperativos históricos, un considerable grado de centralización en la toma de decisiones políticas.

LA PARTICIPACION POLITICA EN LA DEMOCRACIA SOCIALISTA INSTITUCIONALIZADA

Una particularidad de la institucionalización democrática fue que al mismo tiempo que se implementaban nuevos canales participativos principalmente referidos a la esfera estatal (órganos del Poder Popular), se incorporaban otros que habían resultado exitosos en los años anteriores, dados al nivel de las organizaciones políticas, sociales y de masas o en formas de democracia directa. En este breve espacio no podríamos discutir exhaustivamente el funcionamiento del sistema político cubano desde 1976. Basten sólo dos precisiones: la primera, que tal funcionamiento se apoya en los principios no siempre bien comprendidos de la unidad de poder y el centralismo democrático, que incluye la elegibilidad y renovabilidad de los cargos dirigentes, la obligación del elegido de rendir cuentas a los electores y el derecho de estos a revocarlo, la combinación de la centralización y la descentralización en la toma de decisiones y la incorporación de las masas a la actividad estatal, entre otras;¹⁵ la segunda, que supone una estrecha vinculación de todas las instancias participativas: Partido (como fuerza dirigente superior de la sociedad), Estado y organizaciones sociales y de masas, llamadas estas últimas a actuar como poleas de transmisión entre Partido y masas, asegurando así el acceso a esta instancia política suprema de los intereses sectoriales presentes en la comunidad nacional y, en sentido opuesto,

¹⁴ Datos extraídos del Comité Estatal de Estadísticas, Comunicado acerca de los resultados del Censo de Población y Viviendas de 1981, La Habana, agosto de 1983.

¹⁵ Domingo García. La organización estatal en Cuba. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1981.

llevando a las masas las directivas partidistas para su discusión y aplicación según las características de cada sector.

A partir de aquí se desencadena una intensa actividad de las masas en la esfera política. Para la formación de los órganos representativos (asambleas municipales, provinciales y nacionales del Poder Popular) se convocan elecciones de base, previa nominación por las masas de sus candidatos. En estas elecciones (directas en la instancia municipal e indirectas en la provincial y nacional, siempre sobre la base del sufragio universal, el voto secreto y a dos vueltas) se ha logrado una participación creciente desde el 95,2% en 1976 hasta el 98,7% en 1984.¹⁶ Constituidos los órganos, cada elegido está obligado periódicamente a rendir cuentas a sus electores y a recoger y dar respuesta en un plazo breve a las críticas y sugerencias del electorado, que tiene además el derecho a revocarlo. Estas asambleas constituyen formas de participación que rebasan el marco electoral y establecen el principio de la fiscalización de la gestión estatal por las masas. Por otra parte, estas tienen acceso a la información necesaria sobre el funcionamiento de las instancias superiores que no eligen directamente (provinciales y nacionales) a través del carácter público de sus sesiones y la amplia cobertura de la prensa. Es importante anotar que aunque la Asamblea Nacional (instancia suprema estatal) no es elegida directamente por la población, el 50% de sus diputados tienen que haber sido elegidos en las instancias municipales.

A nivel de las organizaciones de masas y sociales se realiza una intensa participación donde rigen principios similares a los aquí anotados. Baste citar algunas cifras recientes. En 1985 la membresía de los Comités de Defensa de la Revolución ascendía a 6,5 millones de personas, el 84% de la población mayor de 14 años. En las organizaciones estudiantiles de masas había 459 000 afiliados y en los pioneros 1,7 millones de niños. Los sindicatos agrupaban al 99,5% de los trabajadores, alrededor de tres millones de personas. La Federación de Mujeres Cubanas (FMC) reunía al 80% de las mujeres aptas; es decir, unos tres millones de integrantes. Por otra parte, entre el PCC y su rama juvenil, la Unión de Jóvenes Comunistas, cuya integración es selectiva, existían en el país 1,1 millones de militantes y aspirantes.¹⁷

Sin embargo, este no parece ser un tema polémico en las discusiones sobre la democracia en Cuba. De hecho hay una relativa uniformidad en la aceptación de que el socialismo goza de consenso popular y de que genera una extensa participación (simple involucramiento para los más escépticos) cuyos términos cuantitativos no se discuten. El aspecto crucial residiría en el contenido cualitativo de esa participación.

¹⁶ Granma, 17 de abril de 1984.

¹⁷ Fidel Castro, Informe Central al III Congreso del PCC. Editora Política, La Habana, 1986.

La cadena de señalamientos críticos pudieran describirse sucintamente de la siguiente manera: al no existir el pluralismo político, no existe competencia política, por lo que no puede haber una participación autónoma. En su lugar la participación es "controlada en extensión y limitada en sus efectos", en última instancia coartada y censurada por una "élite" superior atrincherada en el Partido Comunista.

Planteadas las cosas así se desprende por su peso que la receta pluralista se ofrece como el único antídoto efectivo contra la existencia de un régimen "totalitario".

En Cuba la participación política es dirigida por una vanguardia revolucionaria y asumida por la masa en condiciones de identificación esencial. El papel mayor o menor que en esa dirección ejerce la coacción social es ya un asunto que depende de factores objetivos y subjetivos, pero que en ningún momento puede compararse con el control de la participación que se ejerce en una sociedad capitalista, dividida por contradicciones antagónicas y cruzada por graves conflictos sociales. El ciudadano cubano disfruta en este marco de una considerable serie de libertades individuales dentro de una disciplina social que acata concientemente en la misma medida en que coincide con sus intereses generales.

La ampliación de este marco de libertades no pasa por una exaltación del individualismo ni por el trasplante de paradigmas pluralistas. El socialismo posee medios de concertación, expresión y representación de intereses superiores y adecuados a su realidad social. De cualquier manera, si algo se puede observar en las sociedades capitalistas contemporáneas es la proliferación de esas "paradojas peculiares" que inquietaban a Huntington y que ponen en entredicho la eficacia de un modelo que nuestros abuelos consideraban la panacea universal.

La existencia en Cuba de un partido único consagrado constitucionalmente como "vanguardia organizada marxista-leninista de la clase obrera" y "fuerza dirigente superior de la sociedad y del Estado"¹⁸ es un resultado directo de las necesidades de la construcción socialista, incluyendo aquí las peculiaridades nacionales que tuvo esa construcción. Ante todo, el PCC no surge antes de la Revolución, sino como consecuencia de ella, a partir de fusión de las tres organizaciones que se habían opuesto a la dictadura en torno al liderazgo indiscutido de Fidel Castro y en el marco del agotamiento total del pluripartidismo republicano. Esta fusión era a la vez el reflejo de la homogeneidad del sujeto social de la Revolución, compuesto por una serie de sectores sociales medularmente identificados en la noción de pueblo. No existieron compromisos político-sociales con otras clases ajenas a este concepto. La burguesía cubana fue incapaz de insertarse como clase en el proceso de desarrollo económico, a pesar de que en los primeros años de la Revolución algunos de sus sectores — principalmente los industriales— hubieran podido encontrar un espacio económico en

¹⁸ Constitución de la República de Cuba, Edición Oficial del Ministerio de Justicia, febrero de 1976, p.20.

un mercado interno en franca expansión. En cambio, aplastada por la estrechez clasista y por el fatalismo geográfico, optó por pasar al campo contrarrevolucionario y aliarse al imperialismo en sus ataques a la soberanía nacional.

Ello también sirve para explicar otro fenómeno. La Constitución de la República de Cuba establece la libertad de palabra, de prensa, de asociación y manifestación, de uso de la crítica y autocrítica, etc., siempre que no se empleen contra el socialismo. Esta Constitución fue discutida masivamente por 6,2 millones de personas en unas 200 000 asambleas, de las que surgieron propuestas de modificaciones para 60 de los 141 artículos que fueron apoyados por unas 600 000 personas. En votación secreta y directa, el texto modificado fue acogido por 5,4 millones de ciudadanos contra 54 000 votos negativos. Fundamentalmente las propuestas realizadas no se cuestionaban al socialismo: por el contrario, algunas buscaban reafirmar más este concepto, como fue el caso de la muy extendida proposición de denominar oficialmente al país República Socialista de Cuba.¹⁹ Si evitamos recurrir al poco consistente argumento de que en Cuba existe un policía detrás de cada ciudadano (o un policía dentro de cada ciudadano), tendríamos que observar en este fenómeno la voluntad general de los cubanos por el socialismo y su rechazo a cualquier otra opción. Permitir en Cuba el ejercicio legal de una oposición al sistema sería una grave violación de esa voluntad, sobre todo cuando tradicionalmente tal oposición ha carecido de un programa que no fuese el regreso a un pasado que los cubanos conocen y de una acción que se elevara sólo unas pulgadas del terrorismo alentado y sufragado por los Estados Unidos.

Sin embargo, el consenso general acerca de la dirección del Partido no puede explicarse únicamente por la identificación pueblo-socialismo, sino que también se deriva de los métodos que se emplean para ejercer esa dirección. La estructura del PCC se rige por los principios leninistas del Partido de Nuevo Tipo y cuenta hoy con cerca de 523 700 miembros. Sin embargo, el PCC no es un partido cerrado y oscuro similar a aquel Partido Interior que nos describiera la díscola imaginación de George Orwell. El Partido es una realidad familiar a cada cubano. El ingreso de un nuevo miembro al partido es objeto de un proceso selectivo donde tiene un peso decisivo la opinión de la masa, a la cual se le consulta en varias ocasiones.

Cuando por sus cualidades políticas, morales y humanas una persona ingresa al Partido, sólo tiene la recompensa de ser parte de la vanguardia socialmente reconocida pero a condición de ser el primero en cada tarea que implique dedicación y sacrificio personal. Siendo numéricamente minoritario, el Partido no puede imponer su decisión a una masa de votantes en cualquier esfera de la vida política, lo cual por lo demás está prohibido. Sólo puede convencer a la masa de la justeza de una línea mediante la persuasión y el ejemplo personal; ello, ciertamente, no resulta un problema conflictivo

¹⁹ Blas Roca Calderío, "Discurso pronunciado el 20 de diciembre de 1975", en Constitución de la República de Cuba, DOR, La Habana, 1976, pp. 84-86.

en la misma medida en que las masas participan activamente en la elaboración de esas líneas generales. Si una alta proporción de los integrantes de los órganos estatales representativos o de las direcciones de las organizaciones sociales y de masas son militantes del Partido o de su rama juvenil, no se debe a manipulación o presión alguna, sino, invirtiendo los términos, al prestigio de que goza ante la masa cada militante, masa de la cual proviene y con la cual comparte gozos y sacrificios.

TRES ACLARACIONES FINALES

Estas reflexiones no podían concluir sin tres aclaraciones imprescindibles.

En primer lugar, al principio de estas notas advertimos que ningún estudio científico social es políticamente virgen. Este no aspira escapar a esa conclusión. Es un análisis comprometido con la realidad de la Revolución Cubana. Pero de su lectura no puede concluirse la intención de presentar un cuadro idílico de la democracia en Cuba. La democracia en Cuba está limitada por causas históricas, parte importante de las cuales se derivan de la necesaria respuesta interna a la agresividad norteamericana en los planos militar, político, ideológico, económico, etc., así como de los naturales sobresaltos que originan la adopción de una meta muy superior a las que se había propuesto la humanidad en épocas históricas anteriores.

Otras son limitantes que provienen de la debilidad de muchos mecanismos existentes desde hace sólo una década, de la inexperiencia de los cuadros dirigentes, el desarrollo de la cultura política de las masas, de las burocratizantes tan frecuentes en las sociedades modernas, o simplemente por ser tareas pospuestas que sólo ahora, y no ayer, la Revolución puede resolver con plena responsabilidad. Una cuota considerable de estas deficiencias—calidad de la prensa y la información, débil representación sexual y étnica (desde una óptica sociológica) en los órganos estatales y partidistas, persistencia de vicios burocráticos y de participación pasiva en ciertas instancias políticas—han sido o son objeto de debates públicos y están recogidos en la prensa nacional y en otros documentos políticos, entre los que se destacan los informes centrales leídos por el presidente Fidel Castro en los II y III Congresos del PCC. De cualquier manera, los años inmediatos deberán ser escenario de una superación de estas fallas y de otras que seguramente aparecerán en la misma medida en que varíen las condicionantes actuales. Sólo esta capacidad de superación y rectificación puede prevenir al socialismo, y el caso cubano no es excepción a lo que Carlos Rafael Rodríguez denomina "desviaciones peligrosas dentro de su propio carácter y contenido democrático esenciales".²⁰

²⁰ Carlos Rafael Rodríguez. Palabras en los setenta, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1984.

En segundo lugar, en la misma medida en que no consideramos la democracia socialista cubana como una realización perfecta, no podemos encarar la como un modelo universal para todo cambio revolucionario en América Latina. La Revolución Cubana y su proceso de construcción democrática se desarrollan en condiciones históricas peculiares —bloqueo económico, agresiones militares, aislamiento hemisférico, oposición burguesa en bloque y, como contrapartida, relativa homogeneidad clasista del poder revolucionario, posibilidad de inserción económica provechosa en la comunidad socialista, entre otras—que no tienen que repetirse en otras experiencias de cambio social. La Revolución Sandinista es un ejemplo de ello.²¹

Sin embargo, al mismo tiempo existen premisas condicionantes del desarrollo democrático en Cuba que parecen destinadas a repetirse al menos en un futuro previsible. Una de ellas es la que genera un clima de militarización defensiva, de desvío de recursos económicos para esos fines, del sacrificio necesario de libertades en función de la defensa nacional. Es decir, la muy probable agresividad de quienes consideran al Caribe y a todos los caribeños piezas claves de estrechos intereses geopolíticos: los Estados Unidos. República Dominicana en 1965, Jamaica durante el gobierno nacional-reformista de Manley, Granada en 1983 y Nicaragua y El Salvador en la actualidad, son hechos probatorios de que —recordando un poema de José de Diego— es difícil que estos “caballeros del Norte mirífico y fecundo” comprendan en plazo razonable que “también el centro es parte de la bola del mundo”.

Para terminar, más que una aclaración, una confesión: seguramente muchas de las ideas expuestas aquí no podrán ser compartidas total o parcialmente por quienes conciben de otra manera al mejor de sus mundos posibles. No obstante, si estas reflexiones contribuyen a enriquecer la discusión sobre un fenómeno político al que se acogen diez millones de caribeños —es decir la tercera parte de los antillanos— nuestro objetivo habrá quedado cubierto.

²¹ El Comandante Tomás Borge lo resaltaba en breves palabras: “No hay un proyecto ideológico tan diáfananamente definido como el que existió en Cuba. El nuestro es un proyecto enredado”, en *Pensamiento Propio* no 24, Managua, 1985.